

LA MEDIACIÓN COMO PRAXIS EN EL CAMPO DE LA FAMILIA. CÓMO ENTENDERLA COMO ESTRATEGIA DE INTERVENCIÓN

Por Eduardo José Cárdenas

La mediación, nacida en los ámbitos de los conflictos laborales e internacionales, se expandió en la década de 1980 al ámbito de lo familiar. Contribuyeron a que esto sucediera:

- el auge del divorcio y el descubrimiento de que el litigio que originaba era destructivo para adultos y niños,
- la iniciativa de un abogado norteamericano de crear una estructura de mediación adaptada al divorcio y
- la genialidad de una terapeuta también estadounidense al imaginar una familia de padres separados que diera a ambos por igual un lugar protagónico en la crianza de los hijos; la llamó familia binuclear y creo un nuevo paradigma que permitió desestimar el de la familia nuclear incompleta con que antes se diseñaba la separación. Todas las decisiones que trascendieran lo doméstico, en adelante, tendrían que ser fruto de un acuerdo y no una imposición de quien detuviese la “tenencia” de los hijos (usualmente la madre).

Esta última idea fue mal llamada “tenencia compartida” en lugar de “responsabilidad parental compartida”, como hubiera debido serlo. Pero su éxito fue de la mano con el de la mediación familiar, y fue grande, porque la responsabilidad parental compartida exigía consensos y la mediación enseñaba a lograrlos. Los resultados obtenidos desplazaron no sólo a los litigios en los Tribunales sino también a los tratamientos psicoterapéuticos y a las orientaciones de los *counselors* y de los ministros religiosos. El abogado se llamaba O. J. Coogler y su libro *Structured Divorce Mediation*, la psicóloga Constante Ahrons y fue ella quien escribió *The Good Divorce*.

Desde entonces han pasado treinta años y la mediación se ha refinado

mucho y se ha extendido a otros ámbitos de la familia, como los conflictos entre padres e hijos adolescentes. Pero su potencia original no ha disminuido y, bien entendida, dista de ser un sistema apaciguador de cambios y silenciador de injusticias, como a veces se la entiende y practica. Al contrario (y es a esto a lo que me quiero referir), se ha revelado una intervención fuerte que no puede ser desarrollada sin cambiar paradigmas y abrir alternativas a veces contraculturales y siempre novedosas. Es en este sentido cierto que *si vis pacem para bellum*.

Voy a decir primero que los mediadores familiares, a diferencia de los otros profesionales que asesoran en materia de problemas humanos, creen profundamente en que los hombres y los grupos tienen recursos suficientes para resolverlos, que esos recursos son más ricos que los que la ciencia puede ofrecer, y que la resolución que con ellos se logra es mucho más ajustada, estable y productiva que una recibida desde fuera.

No es novedad que los paradigmas con los que visualizan la realidad las profesiones destinadas a asesorar e intervenir en problemas humanos (medicina, psicología, derecho, etc.) son modelos de déficit (Cárdenas). Los mediadores familiares, en cambio, focalizan en los recursos. Véanse en este cuadro las diferencias básicas entre los dos paradigmas:

Modelo que focaliza en los recursos Modelo que focaliza en los déficit

<p>Cree que la salud y el bienestar de los hombres y sus comunidades depende más de que entre ellos puedan conservar y acrecentar relaciones justas, respetuosas y solidarias, que de los beneficios que puedan darles las ciencias y los profesionales.</p> <p>Y que los hombres y sus comunidades tienen sabiduría y méritos que los hacen solucionar muchos de sus problemas sin necesidad de ayuda profesional.</p>	<p>Cree que la ciencia y los profesionales son las principales fuentes de recursos para la solución de los problemas humanos.</p> <p>No focaliza en los recursos propios de los seres humanos sino en sus discapacidades.</p> <p>No focaliza en los recursos sociales de red ni en la solidaridad como fuente de salud y bienestar.</p>
---	---

<p>Las ciencias y los profesionales no sustituyen la sabiduría y habilidades naturales de los hombres y las comunidades para resolver sus problemas. Pero sí los ayudan y les brindan más alternativas para acrecentar su sabiduría, habilidades y posibilidades, cuando solos no pueden.</p>	<p>Coloca a la ciencia y a los profesionales en un sitio central, no subsidiario.</p>
---	---

<p>Estimula a los usuarios a proponer activamente lo más adecuado a sus propias necesidades. Da poder al cliente y lo alienta a usarlo.</p>	<p>La gestión con que el profesional intenta resolver el problema del cliente es impotentizante, sustitutiva y descalificante para éste.</p>
---	--

<p>Estimula la solidaridad y activa la red social para que acuda a ayudar al usuario en la solución de su problema.</p>	<p>Al potenciar una estrecha relación entre cliente y profesional, tácitamente desactiva o debilita la red social del usuario.</p>
---	--

<p>Sube la autoestima del usuario y su grupo y consecuentemente el potencial de su sabiduría y habilidades para resolver ese problema y los futuros.</p>	<p>Al no confiarse en los recursos personales y sociales espontáneos, los desactiva. Inclusive se piensa que forman parte del problema.</p> <p>Esto baja la autoestima del usuario y su grupo, y el potencial de su sabiduría y habilidades naturales para resolver ese conflicto y los futuros.</p> <p>Acuerda poder e identidad a profesionales y servicios.</p> <p>Estimula a los usuarios a buscar la instancia en la cual delegar la solución posible y a transformarse en pasivos receptores de esas soluciones.</p>
--	--

Diagnósticos y pronósticos se elaboran desde una óptica positiva y optimista. Diagnósticos y pronósticos son reductores y negativos.

Se comprenden, aceptan y valoran positivamente los recursos de otras culturas y clases sociales, distintas de la del profesional interviniente. La intervención con que el profesional intenta resolver el problema del cliente es tanto más impotente, sustitutiva y descalificante cuanto más distancia existe entre la clase social y la cultura de uno y de otro.

Tiende a devolver a la persona y a su grupo la autogestión y la capacidad de prescindir cuanto antes de los profesionales. Se estimula al cliente a depender del profesional. Al bajar su capacidad de autogestión, a veces el problema y luego otros se cronifican y crean la necesidad de que más profesionales intervengan en la familia, instaurándose así un círculo vicioso.

De ahí que una práctica que focalice decididamente en los recursos tenga como primer mandamiento “no empujar hacia ninguna solución”. Los mediadores familiares alientan con fuerza los deseos de sus clientes, pero no se quedan con los que ellos ya traen (“quiero una cuota alimentaria de tantos pesos”; “no quiero darle un solo peso a mi ex mujer”) sino que estimulan mediante la pregunta la aparición de otros (“me gustaría que el padre se ocupe de nuestros hijos, que colabore conmigo en su crianza y educación, que pueda tener diálogo conmigo, etc.”; “que mi hijo triunfe, que me quiera, que tenga cosas mías que yo considero valiosas, etc.”). Y confían seriamente en que las llamas de muchos de los deseos de ambas partes se unirán misteriosamente, para lograr objetivos comunes y posibilitar la concreción de aspiraciones particulares, *en una esfera superior que el mediador no controla*.

Es claro que perder el control asusta; a cualquier profesional le sucede esto (todos hemos sido deformados por nuestras profesiones para desconfiar de las posibilidades de nuestros clientes y creer que nosotros con nuestros conocimientos podemos resolver sus problemas mejor que ellos). Pero cada día el mediador familiar recibe la maravillosa noticia de que su fe en sus clientes no estaba equivocada.

En un trabajo anterior hice referencia a la adolescencia como edad de la vida descalificada culturalmente y a las consiguientes dificultades del

mediador familiar para apreciarla (Cárdenas, Revista...). Entre otras cosas, en un capítulo denominado “De Freud y el adultocentrismo”, dije lo siguiente:

“Entre la niñez, período bien definido porque en él se estructura el psiquismo y se adquieren las habilidades básicas para adaptarse a la vida social, y la adultez, etapa central en la cual el hombre ya maduro rinde a la especie los frutos físicos, emocionales e intelectuales que lleva consigo (inclusive a través de la producción de hijos), la adolescencia queda como un tiempo de flotación, de moratoria.

Cualquiera sea su duración, la adolescencia desde la perspectiva adulto céntrica (prepararse para amar y trabajar) parece siempre una etapa desvaída, proclive a las desviaciones y a las frustraciones. ¿No se trata acaso de la llamada popularmente “edad del pavo”? ¿No es acaso objeto de burla y de científica descalificación ese fenómeno tan típicamente adolescente como es el enamorarse? ¿No lo es también acaso el idealismo y la férrea fidelidad a los amigos, por el mismo motivo?

El ideal sería, para los adultos, que la adolescencia, con todas sus ambigüedades, deformidades, riesgos y ridiculeces, “pasara cuanto antes”. “Por suerte, siempre pasa”, dicen. ¿Qué es lo que tiene que “pasar”? Esa enfermedad llamada adolescencia: quienes la padecen le disputan terreno al adulto, pero sin asumir sus “responsabilidades”. Esa enfermedad corporal de tener el físico desparejamente crecido, esa enfermedad emocional de estar pendiente de una sola persona (su novia o su novio), esa enfermedad social de no ser productivo. Hay que esperar a que pase. Es un período de moratoria.

Pero la perspectiva adulto céntrica, con lo sólida que ha devenido con el pasar de los siglos y el reciente apoyo de una ciencia tan seductora como la psicología, tiene su punto débil. A mi entender, su talón de Aquiles es la inextinguible añoranza que los adultos sienten por las cosas que viven los adolescentes. Considero que al menos hay cuatro cosas que los adultos envidian profundamente a los adolescentes y que consideran de las mejores que les ocurren a los seres humanos:

- El enamoramiento, que la filosofía, desde Platón en adelante, ha considerado un estado de privilegio provocado por los dioses, y que la poesía erótica de todos los tiempos ha puesto en un pedestal.
- La pertenencia a la tribu, sin dobleces ni mezquindades, sabiendo que él y el grupo o a la banda son una sola cosa.
- La no necesidad de producir ni reproducir; en otras palabras, la prescindencia de las obligaciones que trae consigo la adultez.
- La sensación de que la vida está toda por delante (incluso en lo sexual), que hay tiempo para experimentar y equivocarse, pero también para experimentar y ganar.”

Y así seguía el artículo. Lo cito aquí porque en él se señalaban las dificultades con que el mediador familiar tropieza cuando una de las partes (en este caso el adolescente) está en una zona poco iluminada por la cultura, situada entre otras dos (niñez y adultez) bien iluminadas. Pero hay otras, y son muchas, las zonas culturalmente descalificadas con que el mediador

familiar tropieza diariamente. El poder (en adelante usaré esta expresión para referirme a las narrativas dominantes en cada cultura) ilumina con dicroicas, no con tubos fluorescentes. Con luz focalizada y directa, no con luz esparcida y refleja. Sabe bien qué tiene que iluminar y qué dejar en la penumbra. Y nuestros clientes y nosotros mismos nos sentimos mal cuando estamos en la oscuridad.

Veamos un ejemplo. El poder privilegia la familia nuclear biológica burguesa. Llamo así a la familia que se origina en dos personas de distinto sexo que se unen en matrimonio y tienen hijos que salen del vientre de la madre y se supone legalmente que son hijos de ella y de su marido, quien trabaja y ahorra un patrimonio para sus descendientes. Durante siglos esta familia fue la célula básica de la sociedad: la unión exogámica de un hombre y una mujer era la garantía de la paz social (alianza entre familias); aseguraba la transmisión de la vida y también la del patrimonio, de la cultura, del prestigio; así como el afán de trabajar y ahorrar para los descendientes cimentó la base del capitalismo.

Hoy en día estas funciones son cubiertas por otros instrumentos sociales: la paz social por las grandes compañías mono u oligopólicas y las transacciones financieras, la transmisión de la vida por la ciencia, y la transmisión de la cultura por la televisión, la escuela y los medios en general; por otra parte el capitalismo se sostiene autónomamente sin necesidad de recurrir al ahorro de la clase media.

Consecuentemente, la familia nuclear biológica burguesa ha disminuido su prestigio, con lo que en clase media y alta se pudo popularizar el divorcio (conquista femenina que aún hoy, después de cincuenta años, sale cara a las beneficiarias que quieren utilizarlo), conquista que en clase baja siempre había existido sin que al poder le preocupase. Es más, clase media y alta están admitiendo ya las parejas no unidas en matrimonio, que en clase baja fueron desde siempre lo usual sin que nadie las excomulgara. Se admite también la existencia de lo que ha dado en llamarse familias ensambladas (éste fue el bautismo, cuando arribaron a la clase media, ya que en clase baja existieron desde siempre y nadie se ocupó de nombrarlas).

Si psicólogos, sociólogos y juristas se están ocupando de estas nuevas formas familiares es porque ellas están llegando a las clases medias y altas, ya que cuando estaban sólo en clase baja eran las asistentes sociales y los jueces de menores los delegados del poder para ocuparse de ellas.

Quiero decir entonces que hoy en día tenemos ciertas zonas

iluminadas por la cultura y que, entre otras, son:

- La soltería
- El matrimonio o la pareja estable
- El divorcio o la separación
- La familia ensamblada

Debemos aclarar que el matrimonio sigue siendo, de todas esas zonas, la más prestigiosa. La soltería es admitida, aunque considerada peligrosa en el varón y triste en la mujer (contrariando las evidencias). El divorcio, aunque es una experiencia por la que atraviesa casi la mitad de las parejas y la mayor parte de ellas logran hacerlo bien (con mayor o menor grado de organización y cooperación, la crianza de los chicos funciona), la cultura lo sigue asociando todavía con "fracaso". No hay rituales sociales de divorcio ni modos culturales instituidos para ayudar a las personas que pasan por este difícil trance. En cuanto a la familia ensamblada, es mirada con desconfianza ya que se la ve como una aventura llena de peligros.

De todos modos, se trata de cuatro zonas admitidas. Todas tienen su prestigio, instituciones públicas y privadas que se ocupan de ellas con respeto, y ciertas reglas –algunas escritas, otras no – que rigen socialmente entre los miembros de la pareja y la crianza y educación de los hijos, cuando los hay.

El problema son las zonas oscuras que quedan entre cada una de estas cuatro dicotómicas. Y que son:

- La zona entre la soltería y la pareja estable o el matrimonio. La pareja que va y viene y nunca se "consolida" (palabra apreciada por la cultura); la pareja de amantes; la pareja de novios que rompen y se vuelven a amigar cíclicamente, etc. A veces hay violencia.
- La zona entre el matrimonio y el divorcio emocional y/o jurídico. La pareja se une y se desune; no convive pero mantiene relaciones sexuales y/o emocionales intensas; discute mucho, adopta actitudes que parecen locas o al menos bizarras, a menudo desarrolla actos violentos, etc. Es que bajo la palabra "divorcio" se esconde una secuencia vital que conviene analizar en micro. De este modo tendríamos:

a) Una larga y variada secuencia que sucede en el "iniciador" antes de que comunique al "aceptante" su idea de divorciarse: cuando uno de los cónyuges

decide separarse, tarda un tiempo en comunicarlo. El proceso es largo y los dos participantes lo recorren en etapas diferentes. Quien recibe la noticia clara y coherente de que su pareja quiere separarse, recién allí comienza un camino de elaboración que el anunciante ya ha comenzado mucho antes. Este último probablemente sienta cierto alivio de haber sido franco, y espera que el otro lo tome con calma, siendo que le ha caído un baldazo de agua helada encima. A éste se le desarma el yo y en algún momento posterior comienza un proceso de reconstrucción del *self*. El primero ya está muy adelantado en la reconstrucción del suyo, y tal vez acompañado y ayudado por otra persona, especialmente si es varón.

b) Un período a veces largo en que la pareja lucha por mantenerse unida, o uno de ellos lucha por la separación y el otro por mantener la unión,

c) Un período durante el cual la pareja o uno de sus miembros toma las decisiones de cómo separarse,

d) La separación física en sí misma y un corto período posterior, con todas sus variantes y avatares. Con la separación física comienza la elaboración del duelo. El sentimiento de pérdida pasa por diferentes etapas, así como su procesamiento. En esta etapa también suelen hacer su ingreso a la familia las instituciones legales, peritos, asesores, abogados, psicólogas, escuelas y juzgados, etc. cosa que no siempre facilita la marcha de las cosas.

e) Una posible prueba de volver a convivir (no siempre ocurre); a veces resulta exitosa y otras no,

f) La estabilización del estado de separados, con acuerdos más estables sobre comunicación, crianza de los hijos, dinero, bienes, etc., que suele ser un momento de cambio económico a veces abrupto, sobre todo para las mujeres.

g) Cuando uno de ellos comienza a noviar, el

período de la poligamia emocional, donde las relaciones sentimentales a menudo se extienden a dos mujeres (su ex y la nueva, en el caso del hombre) o a dos hombres (su ex y el nuevo, en el caso de la mujer). También ocurre la búsqueda de intimidad en otros contextos que ya ha comenzado, y se hace muy patente en el cambio de amistades, grupos, redes sociales, familia ampliada, etc.

h) La separación definitiva, con sus tendencias reparadoras o destructivas, donde continúa diferentemente el trabajo con la autoestima y las nuevas vinculaciones, en especial con los hijos.

- La zona entre el divorcio y la formación de la familia ensamblada. Los protagonistas no se animan a dar el salto o lo dan en forma inopinada y brusca; los hijos no saben a qué atenerse; es difícil transmitirles el mensaje; la ex pareja tiene celos y lo manifiesta directa o indirectamente; cuando la nueva pareja se forma, los ataques continúan, a veces a través de los hijos. A veces hay violencia.
- Existe también el fenómeno que nos ocupa en otras transformaciones: i.e. en ocasión de establecer que una nueva familia criará a un niño/a en lugar de su familia biológica. Hay una clara tendencia a empujar hacia zonas establecidas, y hacia lugares definidos taxativamente y en forma excluyente, dar la guarda a una u otra madre, de un modo tal que provoca oposición entre las dos, en vez de favorecer la colaboración y la crianza compartida.

El desprestigio de estas zonas no iluminadas se aprecia fácilmente si se advierte que:

- Ninguna de ellas tiene nombre propio. Esto, como lo saben bien los mediadores (porque trabajan con el lenguaje) es una minusvalía inmensa.
- Ninguna de ellas tiene mapa. De la soltería, la pareja estable, el divorcio y la familia ensamblada (de los dos primeros más que de los segundos) sabemos cómo entrar, caminar y salir: tenemos mapas.
- Ninguna de ellas tiene reglas. Nadie sabe qué reglas hay en la zona que se encuentra entre el matrimonio y el divorcio, aunque tanto el

matrimonio como el divorcio tienen reglas culturales precisas, con sanciones y premios (no nos estamos refiriendo sólo a las reglas jurídicas, pero de paso las mencionamos porque las hay, a diferencia de lo que ocurre en las otras zonas).

- Todas ellas son descalificadas por la cultura. Como de la adolescencia, se espera que pasen cuanto antes. Se dice de ellas que son situaciones ambiguas, confusas (confuso en portugués quiere decir violento), transitorias, inmaduras (palabra intensamente descalificatoria en el lenguaje de la burguesía), etc., como si se tratasen de enfermedades.
- Haya o no efectivamente violencia, se las juzga como situaciones proclives a engendrarla.
- Se piensa que los hijos no pueden vivir sanamente en esos contextos.

Los padres fundadores de la mediación familiar aconsejaban que ésta se hiciera en el posdivorcio, una vez secas las húmedas sábanas. Hoy en día, más entrenados, los mediadores se animan a intervenir en cualquier situación de conflicto intrafamiliar en que seamos solicitados, y lo bien que hacen. Sólo están seguros de que el éxito o fracaso de una intervención es impredecible y de que, si las partes están de acuerdo, siempre vale la pena intentarla. A menudo se encuentran entonces con estas zonas sin nombre, ni reglas, ni luz. A veces se asustan, se pierden, y quien salir lo antes posible de allí, a una zona con nombre, con reglas y con prestigio.

Para el profesional que trabaja con parejas en proceso de divorcio es indispensable conocer y apreciar como variolosas las etapas y micro etapas “oscuras” ya descritas, para poder intervenir con precisión. ¿Por qué motivo? Por que el lugar del matrimonio y del divorcio son lugares oficiales de la cultura, y por lo tanto esto tiene dos resultados:

El primero es que los profesionales, conciente o inconcientemente empujan para trasladar al cliente hacia el lugar más cercano o hacia el lugar donde parece dirigirse. El otro, es que los clientes que no están en un lugar bendecido por la cultura se sienten transgresores y como que tienen que salir de allí lo antes posible.

Los que los clientes no saben es que todos los seres humanos pasan por esas zonas y que algunos se detienen en ellas.

Y que esas zonas tienen solamente un grave problema:

La cultura no las ha bendecido, porque no sirven a la estructura social querida por el poder.

Y esta ausencia de bendición provoca que quienes se encuentran en esas zonas actúen con culpa y con miedo, peor de lo que lo harían en la tranquilidad de una zona iluminada.

El mediador familiar tiene las herramientas adecuadas al alcance de la mano. Son los principios básicos de la intervención en familias:

- El “mientras tanto”, que es la herramienta técnica y filosófica mediante la cual se privilegia la calidad de la vida presente antes que la futura, y se insiste por tanto a los consultantes acerca de qué van a hacer ahora para mejorar este presente inmediato mientras llega el objetivo o el gran suceso esperado, en vez de quedarse *stand by* en pos de una posible utopía. Se trata de aceptar que las personas se encuentran en “el aquí y ahora”, y de que ellos acepten que, aquí y ahora, “lo que hay es lo que hay”.
- Establecer con cada cliente un vínculo de colaboración recíproco. Este vínculo es la base de todo. Nadie nos puede caer del todo mal, siempre algo debe unirnos a él. Antes que nada se trata de arribar a una comprensión de que lo que hacen las personas involucradas tiene una lógica propia, y reconocerla y reconocérsela, antes de insinuar, sugerir, o siquiera pensar algún cambio.
- Valorar a cada uno de nuestros clientes en sus recursos positivos. Inventariarlos, premiarlos. Ayudarlos a recordar y a rememorar a aquellas personas que han sido testigos de sus recursos, y capacidades (White). No tratar de cambiar a ninguno de nuestros clientes. Aceptarlos como son. No hacer terapia de contrabando. El logro de la colaboración y el acuerdo no nacen del cambio interno de ningún cliente.
- No tratar de cambiar la situación o zona en que nuestros clientes están. Para nosotros, a diferencia del poder, cualquier zona es buena, en cualquiera se puede vivir bien o mal. Esto no depende de la zona, depende de la colaboración.
- Puede haber colaboración en cualquier zona. La posibilidad de lograr acuerdos está allí. Basta con que el mediador familiar no le tenga asco a la zona y pregunte cómo puede vivir en ella algo mejor cada uno de sus clientes. Qué necesita cada uno del otro, con ese objetivo. Cómo pueden criar a sus hijos mejor, sin cambiar de zona.

- Casi siempre, el mediador familiar deberá abstenerse de mencionar, con sus propias palabras, la zona en que sus clientes están ya que los estaría descalificando sin querer (a casi nadie le gusta que le digan que está en zona oscura, aunque hay excepciones a esta regla).
- Pero a través de respetuosas preguntas irá co-construyendo descripciones de la zona, que suplan de algún modo su falta de denominación.
- Los acuerdos para una mejor colaboración dentro de la zona son reglas. Una zona con reglas se prestigia, se hace más respetable y oficial. Esto hará más fácil la vida a los clientes y los aliviará, con lo cual la conducta que observen entre ellos también mejorará.
- Es cierto sin embargo que las palabras y las reglas con que los clientes puedan civilizar y acotar la zona en que habitan nunca tendrán la fuerza que tiene la luz y las reglas de la cultura, que aparecen como “naturales” y “universales”, en contraposición a los acuerdos de nuestros clientes, que tendrán siempre algo de privado y artificial.
- Como hemos dicho, las descripciones consensuadas de las situaciones en que la pareja vive sustituirán a los nombres que la cultura no da, y las reglas de conducta acordadas sustituirán a las leyes oficiales, pero estos reemplazos no tienen la luminosidad que las dicroidas culturas ofrecen. Por consiguiente, es bueno que las descripciones y los acuerdos sean provisorios, para que los clientes no sientan que serán de por vida “transgresores” y se atrevan a cumplir los acuerdos al menos... por el tiempo acordado.
- Cuando se ha formado una nueva pareja, aunque sea incipiente y/o provisorio, es bueno tenerla en cuenta, al menos mentalmente, o invitarla a venir y escuchar atentamente sus reflexiones, deseos y peticiones. La incipiente nueva pareja es, ya lo dijimos, una zona oscura, y la sola incorporación de ella o él la oficializa e ilumina al menos parcialmente. desde ya que es difícil ser un padre o madre afín (*vulgus* padrastro y madrastra, con la horrible tradición anexa). También es difícil para su pareja y sus hijos incorporarlo a la familia. Pero dificulta más todavía las cosas el hecho de que el padre o madre afín no tenga ningún lugar en la ley (los juristas en Argentina sólo han encontrado el artículo 363 del Código Civil, que le acuerda un parentesco de afinidad en primer grado, obviamente refiriéndose a quien se casa con un viudo o una viuda, no con un divorciado). Este vacío o indiferencia legal es una carga muy

pesada para la familia de clase media que ingresa a un modelo nuevo, poco experimentado y encima sin identidad oficial. Este vacío de la ley de fondo provoca conductas indiferentes. Los abogados creen que el padre o madre afín no es titular de ningún derecho ni de ninguna obligación y por lo tanto no los involucran en los procesos familiares. Esto hace que el padre o madre afín, su pareja y los hijos de ésta, vean ratificado una vez más (en esta ocasión desde el cielo cultural) que la familia ensamblada es descalificable. Cuando se da intervención en un proceso a todos los miembros de una familia ensamblada se está aceptando, desde la cultura oficial, que ésta existe como algo positivo.

- Al mediador, en estas situaciones no iluminadas por la cultura, le cuesta “permanecer”. Enseguida busca explicaciones, pronósticos y formas de salir de ellas hacia zonas oficializadas. A los clientes también les cuesta demorarse en descripciones y acuerdos. Pero este “demorarse en la zona oscura”, tanto por parte del mediador como de los clientes, es muy importante. Debe evitarse la “fuga hacia delante”, de modo que los movimientos, si los hay, sean suficientemente madurados y no producto del malestar cultural.
- Cobrar honorarios paso por paso, a medida que se va trabajando. Esto evita el hastío y la frustración del mediador, y los consiguientes e indebidos “empujones”.

Ahora bien, esta posibilidad que la mediación brinda a la familia de crear un contexto en que las voces y los deseos de cada uno de sus miembros sean escuchados y respetados exige por parte del mediador una actitud espiritual-profesional que requiere entrenamiento y trabajo en equipo. Llamaré a esta actitud “aceptación y valoración de los mundos posibles” y a ella me referiré de aquí en más.

La cuestión es simple. El mediador tiene incorporada por herencia, educación y elección, por lo general, un mundo posible. Este mundo parte de la ubicación que el mediador tiene en la sociedad. Para dar un ejemplo, el mediador puede ser de clase media, tener instrucción universitaria y una familia de origen nuclear basada en el matrimonio, poseer alguna cantidad de capital tangible o intangible y la seguridad que él da, creer en el valor del trabajo, en la postergación del placer, en la higiene, en el respeto de la ley y en la bondad de delegar su voz y su fuerza en el Estado para la toma de decisiones colectivas y resolver los conflictos. Este mundo posible puede

parecerle a ese mediador el único posible. Es el mundo de la civilización y puede que para él aquellos que no lo comparten plenamente estén en desarrollo, sean como niños o adolescentes o demasiado jóvenes o inmaduros para quienes lo deseable sería que llegaran a la civilización, a la madurez, a la democracia. Aplicamos a los adolescentes y a las poblaciones criollas o de fuerte componente nativo los mismos epítetos que los conquistadores españoles (y los colonizadores en general) aplicaban a los indígenas conquistados: mentirosos, perezosos, carentes de ideas morales, etc. Sin pensar que pertenecían (y pertenecen) a otros mundos posibles.

Hace unos 20 años yo era juez de familia en la ciudad de Buenos Aires y fui invitado a la República de El Salvador a dar varios cursos a los equipos interdisciplinarios de los flamantes juzgados de familia. Viajar es no sólo constatar diferencias sino también la posibilidad de “verlas”. Uno ve en el extranjero, como novedad, lo que en su propio país debió advertir y le fue imposible, porque estaba enfrascado en una rutinaria forma de ver. Fue en El Salvador donde se me abrieron los ojos sobre cómo abogados, psicólogos, trabajadores sociales y educadores estaban condenando la cultura popular, a la que ellos mismos pertenecían mayoritariamente, en nombre de principios civilizatorios en los que creían firmemente. Ponían una lápida sobre familias que no sólo estaban vivas sino que además tenían valores propios fuertes y vivos, no advertidos desde la civilización. Junto a los salvadoreños aprendí a revertir esta actitud y a generar conspiraciones en las cuales el equipo comenzaba a poner de relieve valores existentes en las familias “condenadas”, pero que no figuraban como tales en la cartilla de la civilización. Al trabajar con estos valores, las situaciones se destrababan y resolvían de maneras imprevisibles. A mi vuelta a Buenos Aires escribí un artículo que se llamó “Un caso de represión cultural: los juzgados de familia”, que fue recibido con un silencio que hasta el día de hoy se extiende.

Este “mundo posible”, el de lo que en Argentina a partir de Domingo F. Sarmiento llamamos la “barbarie” como opuesta a la civilización, es conocido por cualquier operador con experiencia. También los historiadores, los sociólogos, los antropólogos y los politólogos lo han explorado, constatando cómo la cultura de los vencidos y conquistados no enfrentaba a la de los vencedores sino que la derrotaba inficionándola por dentro. América hispana, según el notable argentino Bartolomé Mitre, no enfrentaba a Europa: era un volumen muelle donde todos los golpes de civilización se diluían. Es interesante estudiar a esta luz fenómenos de otro modo inexplicables como el

peronismo argentino, la religiosidad brasilera y tantos otros. Muchas mediaciones son en realidad mediaciones interculturales encubiertas, en las que la pelea se da entre dos mundos posibles que debaten a nivel familiar, grupal, laboral o cualquier otro.

Pero ahora, debiendo elegir, me limitaré a describir aquí otro mundo posible, entre muchos más. Es menos conocido y está más relacionado con el futuro que con el pasado. Es el mundo de muchos integrantes de las nuevas generaciones: el descreimiento en las instituciones familiares tradicionales está en ellas generalizado, ya no por falta de acceso a la “civilización” sino por vivir experiencias alternativas a ella, fuera del matrimonio y la legitimidad.

Lo primero que surge al abordar estos temas es nuestro juicio moral: los hay que piensan que el abandono del palacio de la civilización en que se han criado señala una decadencia que a su vez trae peores males; los hay también que ven a las instituciones tradicionales como un cerrojo del cual nuestra época se está liberando. Los profesionales tenemos por lo general el mal hábito de precipitarnos sobre los acontecimientos, diagnosticarlos según nuestras ideas previas y señalar tratamientos a veces precipitadamente. Así, quienes piensan que el abandono de las instituciones familiares bajo las cuales se criaron señala una disolución social, se opondrán a cualquier cambio. Y quienes por el contrario ven en ese fenómeno una liberación, están prontos a extender los beneficios del palacio a quienes acamparon fuera de él. Son pocos quienes se detienen con parsimonia (y coraje) a ver el paisaje de la mutación y permanecer inmóvil o haciendo pequeñas cosas útiles en lugar de programar grandes transformaciones. No está mal que juzguemos, es casi inevitable hacerlo. Pero pienso que debe postergarse ese momento y primero tratar de comprender el fenómeno. Es lo que trataré de hacer en las líneas que siguen.

A mi entender, toda institución social vive y respira con dos pulmones. Uno es el mito, el otro la necesidad social. Historiadores, filósofos, antropólogos y sociólogos han dado a veces primacía a uno de los dos, pero siempre han tenido presente a ambos. El pulmón del mito es el que da curso a lo irracional del grupo humano, es una narración o una idea-fuerza que aglutina a la comunidad, le da un origen, un sentido y un curso de acción (los dioses homéricos, la revelación hebrea, cristiana o islámica, la idea de patria, de libertad, de progreso, de fraternidad, de igualdad, etc.) que vivifica instituciones (el Estado nación, el sacerdocio, el ejército, el matrimonio, etc.).

El pulmón de la necesidad social, en cambio, explica racionalmente la existencia de la institución en función de la estructura que el grupo precisa o elige (la institución da o quita legitimidad, pertenencia y marginalidad y organiza la igualdad y la desigualdad en función del juego de las fuerzas que se mueven, luchan, negocian y acuerdan o se destruyen dentro de la sociedad).

Tanto el lado oscuro como el visible de la luna, mito y necesidad social, fe y razón, inconciencia y conciencia, intuición y concepto, van cambiando en el curso del tiempo. La mutación es inevitable en todos los grupos humanos por que hay saturación de los mitos y transformación de las necesidades sociales. A la vez, se moverán las instituciones, los ritos, las celebraciones, las comunicaciones, las interacciones, las formas de agruparse y de entenderse los hombres entre sí.

Por lo general la impugnación de los mitos ya saturados deviene en ideas racionales iconoclastas, pero a la vez hay nuevos mitos que van surgiendo y que, como todos los mitos recién nacidos, son apenas perceptibles en su formulación. Al mismo tiempo las nuevas tecnologías van transformando las economías, los intercambios, las producciones y los consumos, con lo que los grupos humanos mutan en su organización y reglamentación de las interacciones. No es posible saber si hay una causalidad lineal, un origen del cambio, más bien parece un movimiento holístico, de la totalidad, sincrónico.

Las instituciones, con el cambio de mito, van perdiendo su savia interna, la fuerza primitiva e irracional que las mantienen vivas; al mismo tiempo las necesidades sociales que ellas satisfacían comienzan a desaparecer y sobrevienen otras, que generan nuevas instituciones. Estas últimas muchas veces no tienen nombre siquiera y pasa tiempo antes de que se detecte su efectiva vigencia y su importancia, a veces enorme. Cuando advienen, son vistas por los profesionales y las personas de responsabilidad en la sociedad como una invasión de los bárbaros que pone en riesgo la civilización (Baricco, Bauman). La condena moral se hace casi inevitable. Son pocos los que se arriesgan a surfear la nueva ola que aparece y comprender así su movimiento y su sentido. Por lo general sucede que hay crisis y divorcio entre la academia y la vida social: es que los intelectuales tienden a ver los nuevos fenómenos que ocurren a la luz de las ideas que ellos mismos aprendieron, enseñaron y hasta forjaron o perfeccionaron. Un cambio de paradigma no les parece necesario, no lo ven posible; es más, secretamente

temen perder el poder que les otorga el conocimiento si ese cambio se produce. Las viejas formas de organización de la vida, los viejos conceptos, son de este modo estirados y deformados casi hasta el infinito para poder cubrir las nuevas realidades.

Es lo que sucede a veces con las últimas obras de los artistas, cuando deben modificar sus procedimientos para poder expresar las nuevas vidas que van apareciendo dentro y fuera de ellos mismos. Entonces, si no optan por recortar la realidad condenando al ostracismo a todos los pedazos de ella que les es imposible traducir en belleza con las antiguas formas, fuerzan sus viejos instrumentos de trabajo hasta que éstos se resienten y a veces se destruyen (Said). A veces este enorme esfuerzo trae formas auténticamente bellas (los últimos cuartetos de Beethoven, las postreras obras de Richard Strauss o de Mahler), pero la mayor parte de los mortales produce obras violentas, exasperadas (los procesos judiciales de tenencia, encuentros o alimentos en casos de familia ensambladas son un buen ejemplo de esto).

Pasado un tiempo, los descubridores o creadores de un nuevo lenguaje mostrarán qué sencillo era expresar lo naciente sin esfuerzo y sin recortes, si se dejaba de lado la nostalgia del viejo lenguaje y se emprendía la tarea de manera ingenua e imaginativa. Mientras tanto, los que no son capaces de ese acto de osadía tienen el deber de no pretender cubrir la realidad con ideas totalizantes (que devienen totalitarias) ni moralizantes (que devienen en moralinas) y limitarse a realizar humildemente tareas de reparación y ajuste, sin ampararse en grandes teorías. En este sentido, es bueno concebir la operación del derecho como el ejercicio de un arte o, mejor aun, de una artesanía.

Es lamentable, pero lo que nos permite ver la intensidad de la mutación que estamos viviendo es, precisamente, la exasperación de los gestos de quienes tienen a su cargo el manejo de las instituciones, sus rostros amargados y condenatorios que condicen con el contenido y la forma de sus predicaciones (no importa si son de derecha o de izquierda), la violencia y el apuro de su actuar y el miedo cuando no el terror que lo subyace. Así sucede con la escuela, con la seguridad, con el cuidado de la ciudad, con la sexualidad y, por supuesto, con la familia.

¿Qué es lo que pasa con las instituciones de la familia? ¿Qué está pasando con sus mitos fundacionales? ¿Qué con las necesidades sociales que cubrían?

La mitología que daba vida al matrimonio y a la consiguiente

legitimidad de la prole enraizaba en la fuerte e indiscutida creencia en un dios creador y preservador de la existencia de la vida, un dios que alentaba a los humanos a procrear y a criar y los premiaba por ello. Las celebraciones tradicionales del matrimonio, a través de sus numerosísimas variantes, ponen siempre en evidencia que dos familias, empeñadas en continuar su linaje y con él la vida de la especie, entregan un vástago cada una para que se casen. La unión de ambos es también la de los dos sexos que componen el mundo a través de un juego eterno (los amigos acompañan al novio y las amigas a la novia). Es un juego de la entera humanidad que se ejecuta bajo la mirada de un dios que prescribe, premia y castiga, pero que también protege la nueva unión, le promete hijos y prosperidad. Este dios se hace presente, de alguna manera, en un protagonista central de la boda: el padrino, que se responsabiliza de su éxito y es también homenajeado y regalado.

La muerte de la creencia en ese dios (surgen otros, a veces bajo el mismo nombre, pero son diferentes) señala también la desvitalización del mito del matrimonio y de la consiguiente legitimidad de la familia. En la civilización que estamos comenzando a vivir, los nuevos dioses que subyacen a nuestros actos (a veces ocultos bajo la máscara del viejo dios solo) no muestran, como éste, un ceño paternal y adusto, celoso controlador del orden por él creado. Por el contrario, aparecen danzando con caras de placer frente a una vasta y en apariencia informe pluralidad de contactos emocionales y corporales entre los seres humanos, a agrupaciones que a la luz de las anteriores categorías aparecen como inorgánicas, innominadas y muchas veces efímeras, y a nociones holísticas en las cuales las consideraciones sobre el bien y el mal, lo lícito y lo ilícito, quedan desdibujadas. Una cultura apolínea y racional, saturada y ya floja luego de haber dejado en pie grandes realizaciones, cede frente a la aparición de dioses que bailan báquicamente, acompañando a un invisible Dionisos prodigador de caricias y tendedor de trampas. El horrible demonio no tiene más remedio que salir de la escena frente a la ausencia de su eterno contrincante y aparecen diablillos endiabladamente ambiguos que lo sustituyen (Mafessoli, Durand).

Otra corriente mitológica que en el siglo XIX se encontró con la más antigua y divina para dar vida al casamiento fue la del estado-nación (que en ciertos aspectos reemplazó al dios, en otros se apoyó en él) bajo cuya sombra vivieron la moral secular, la ley, el progreso, el trabajo, la salud y la educación, representados todos ellos por instituciones (el hospital y los médicos, los códigos y los tribunales, la ética y sus predicadores, el ejército y

los símbolos patrios, la política y sus profesionales, etc.) que acompañaban, rodeaban, se fundamentaban en y fundamentaban al matrimonio y a la familia legítima. Estos grandes productores de subjetividad están siendo reemplazados por otros, quizás por la tecnología virtual interactiva (Lewkowicz y Coria).

Pues bien, intuimos que los nuevos mitos (que todavía no tenemos bien detectados precisamente porque están bien vigentes) no se oponen frontalmente a los anteriores (terminar de demoler éstos fue la tarea de la crítica) sino que los ignoran, pasan sonriendo a su lado y los ponen al prolijo cuidado de los grandes gerontólogos (los diarios y demás medios de difusión llamados serios, los intelectuales, profesores, académicos y demás “pensadores” que pronostican el final y predicán una urgente vuelta a la moral).

El escenario no es apto para grandes compromisos como los matrimoniales, ni los precisa. En él, no se piensa en el futuro como objetivo, y se olvida la planificación, la política y el esfuerzo. Se descrea del Estado, de la ley y también del individuo (ya que el dios no es uno solo, el hombre también pasará a ser colectivo y tribal). Allí, el único placer moral es el que se realiza en el instante, sin comprarlo con esfuerzo adelantado. Y la mejor forma de respetar y admirar las causas será traicionarlas (Jean Genet).

En esta línea, parecen ingenuos los intentos de la ley por hacer entrar por la fuerza en su recinto a quienes ya están hartos de ella (es probable que quienes quieran vivir en concubinato tengan que firmar una manifestación específica de rechazo si la ley, a su pesar, los incluye dentro del matrimonio). Esos intentos bien intencionados provocan risa. La formación académica de los juristas (y la humana tendencia a conservar lo que les da poder) les impide ver que la gente puede manejarse muy bien fuera del palacio de las instituciones tradicionales.

Igual destino corren las prescripciones dadas a los progenitores en el sentido de que recuperen la autoridad perdida. Como si se pudiera fingir para siempre la certeza cuando ya se ha instalado la duda sobre la adecuación de las conductas. En ese sentido también las nuevas mitologías dejan de lado (¡para colmo sin confrontarlas!) los viejos sustentos irracionales de la conceptualización de la infancia y de la adolescencia, esforzados caminos hacia una sociedad adultocéntrica en la cual ya no se cree. La autoridad y la obediencia se transforman (bajo las mismas letras) en conceptos tan diferentes que devienen irreconocibles, e imprecisa y hasta grosera la

utilización de esas palabras. La convivencia intergeneracional transcurre sobre el crepitar fogoso de nuevas mitologías que todavía no tenemos bien definidas precisamente por vigorosas y vivas, y muchos de los violentos conflictos que en este orden se producen son más interculturales que frutos de la maldad o de la indiferencia. Es que vivimos en una sociedad en que los niños han dejado de ser “niños”, los adolescentes han dejado de ser “adolescentes” y los adultos han dejado de ser “adultos” en el sentido que asignábamos a estas palabras, antes tan perfecta y gloriosamente iluminadas por la psicología del desarrollo, que creíamos universal y eterna, cuando (ahora descubrimos) era occidental y pasajera. La mutación de las creencias ha dejado sin sustento vital, primitivo, impensado y por tanto incontestado, a las instituciones familiares.

¿Qué sucede con las necesidades sociales a las cuales éstas atendían? nos preguntamos entonces. En cuanto se refiere a cubrir necesidades sociales, las instituciones familiares cumplieron una labor de ordenamiento tan vigorosa y fundante como agotadora y represiva. En los momentos de gloria, era imposible y además innecesario advertir ninguna de estas características: las instituciones simplemente existían, como algo natural que, de tan obvio, no se veía ni se juzgaba. Cuando la gloria pasó sobrevino la visión y la crítica, y el padecimiento salió a luz. Recién hoy, superada al menos en parte la instancia represora, podemos advertir que, si la institución era un yugo, también tenía, como todo fenómeno social, una contrapartida ordenadora y por eso mismo aliviante. Cada uno sabía cuál era su lugar en la sociedad y hacia dónde debía moverse. No había dudas y se economizaban esfuerzos. Hoy, seguramente, las nuevas necesidades sociales y las nuevas mitologías convergentes crean nuevos corsés dentro de los cuales vivimos sin saberlo todavía: los descubrirán nuestros descendientes, cuando esos corsés se vayan tornando innecesarios y por tanto visibles y criticables.

Veámoslo del siguiente modo, a manera de propuesta: toda agrupación biológica o social tiene necesidad de orden y necesidad de cambio. Ambos son inevitables. Toda persona y todo grupo tiene en su cuerpo una necesidad de reprimirse, controlarse y ordenarse, y una necesidad de liberarse y cambiar. Ambas son naturales e irrefrenables. El costado represor, controlador y ordenador de los seres humanos se encarna de preferencia en éticas, leyes e instituciones. El costado liberador y cambiante se instala en los intersticios, como las cuñas de madera que los incas insertaban en las grandes piedras, humedeciéndolas luego para que se

ensancharan y partieran las rocas.

Las viejas instituciones de familia (matrimonio, autoridad paterna, etc.) eran necesarias para ordenar la sociedad. Las nuevas también, sólo que todavía no tenemos bien en claro (porque el proceso está en curso) cuáles son y para qué las necesita el grupo humano. Lo que sí comprobamos es que el orden social funciona normalmente sin el matrimonio, que antes era un trueque interfamiliar que intentaba evitar las guerras y asegurar la paz social: hoy las decisiones que generan guerra o paz son tomadas en otros ámbitos. Y si antes el matrimonio, gracias a su presunción de paternidad, abría el camino legítimo para la entrega de la vida, el patrimonio, el prestigio, los conocimientos, el lugar social, etc., hoy la sociedad no precisa para su subsistencia y evolución esa forma de legitimidad y transmisión y busca otras: ciudadano (y no “bárbaro”) es aquél, piensan algunos, que tiene posibilidad de consumir y es capaz de delegar en otros (llamados gobernantes) el uso de la fuerza.

Cuando se dice que al Estado hoy no le importa proteger a la familia, se dice una verdad. Antes, en la escuela se la bautizaba como la “célula básica de la sociedad”. Naturalmente que se estaba haciendo referencia a la familia nuclear formada alrededor del matrimonio y los hijos legítimos. Hoy, al Estado no le importa proteger a esa familia, porque no la necesita. Los grandes fines sociales, como hemos visto, se cumplen de otra forma.

Si la familia es ahora más libre que antes, y menos protegida y controlada, es en parte gracias a las luchas feministas y a la evolución tecnológica que ha permitido sustituir la fuerza física y valorar la fuerza intelectual, con lo que hombres y mujeres han quedado equiparados. Es en parte también gracias a la lucha que se ha librado por considerar a los niños como personas humanas y no como propiedades. Pero espero que nadie se enoje si señalo que esa democratización de la familia viene prioritariamente del hecho de que la sociedad no precisa ya de ella para sobrevivir y evolucionar: la familia ha quedado en los arrabales del control, es más libre porque la sociedad ya no se fija en ella.

Es evidente que la sociedad precisa hoy, como en el pasado, un lugar para que el ciudadano aprenda a convivir con el o los otros sexos y con otras generaciones – después lo hará con otras etnias, con otros idiomas y finalmente con otros planetas. A este contexto lo llamamos familia. Y es evidente también que para que este contexto se dé, es necesario una frontera y por tanto normas que la delimiten.

Pero éstas no tienen que ver con las que otrora separaban a los legítimos de los bastardos, se trata de normas diferentes, que vistas con los anteojos del pasado parecen arbitrarias, desperejadas, inventadas, no fundadas en textos escritos, sancionados y promulgados... se trata, en efecto, de las que envuelven a las situaciones de hecho, a las cada vez más numerosas y extendidas situaciones de hecho que van copando el panorama de esos grupos que tradicionalmente hemos llamado “familias”. Se trata de las señales (muchas invisibles, no escritas) que ordenan a los grupos que acampan, algunos efímeramente, fuera de las murallas del palacio de las “instituciones del derecho de familia”.

Y si esto es así ¿estamos en condiciones de describir siquiera esas normas diferentes con las cuales se delimitan y estructuran esos grupos de “bárbaros” que ahora rodean a la “civilización” que habíamos construido? ¿Podemos intuir al menos cuáles son los nuevos mitos fundantes? ¿Cuáles las nuevas necesidades sociales cubiertas?

No es fácil. No es fácil porque no se trata de describir lo que ya se hizo sino lo que se está haciendo. No acertamos a ver bien la baldosa sobre la cual estamos parados en este mismo momento. No podríamos razonar y conceptualizar sobre la música en el instante en que la escuchamos. Por otra parte, no son los mismos los instrumentos con los que se conocen las cosas que van muriendo, que aquéllos útiles para advertir y admirar las que van naciendo. A aquéllas las conocemos por el concepto, el juicio, el silogismo, el tratado y la academia. Con respecto a éstas, en cambio, no tenemos encuadres mentales y sociales aptos para encasillarlas, ya que acaban de nacer y no son repeticiones del pasado. Podemos intuir las, sensiblemente acariciarlas, internarnos en ellas, vivenciarlas, abordarlas metafóricamente y si es posible describirlas. Siempre en el terreno de la poesía, más que en el de la ciencia.

Es siguiendo este modo de conocer que podemos avanzar. Pienso que es más fácil ver aquello que estamos abandonando. Estamos abandonando la prioridad del matrimonio. Todas aquellas normas que beneficiaban a los casados, que daban con este estado civil una nueva célula básica a la sociedad, se están corriendo para beneficiar a los concubinos, por ejemplo. O están cayendo en desuso. O hay fuertes corrientes derogatorias (de la ganancialidad, etc.). Ya y desde hace tiempo no hay diferencias entre los hijos que antes llamábamos “legítimos” y los extramatrimoniales. La debilidad del matrimonio es tal que lo que se disputa hoy es si incluir en esa

palabra a las uniones de homosexuales, o sustituirla por otra. Que los homosexuales quieran poder acceder al uso de la palabra “matrimonio” y que el conflicto gire alrededor de ella, deja en claro la vacuidad de su contenido: es casi lo único que queda.

La pareja y la familia: un viaje de la institución a la aventura. Una aventura sin respaldo institucional, sin contralor social. ¿Qué dioses alientan la pareja actual? ¿qué necesidades sociales cubre? ¿qué reglas adopta o le son impuestas? La pareja ya no está conectada con el Poder o la Evolución. Es más bien una exploración y un remanso de privacidad y paz en medio del tiroteo (en vez de ocupar un lugar del palacio). Era paradigmática la pareja de la novela negra americana o de la literatura existencialista: asediada y temerosa, solidaria, parca y pícara. Esa pareja tenía un dejo de romanticismo (ellos estaban solos contra todos). El positivismo, desierto helado de polvillo gris, ha dejado a la pareja de Antonioni más a la vista. “Zabrisky Point” se transforma de profecía en cotidianeidad. Hay goce y miedo de la libertad. Hay más pegoteo en la pareja, y también más ruptura, más violencia y más anomia.

Ya desde hace varios años se admite el matrimonio como una forma efímera del parentesco. ¿Qué sucede con las otras formas de parentesco? Con respecto a la filiación, específicamente, se ha abierto cada vez más y se seguirá abriendo la posibilidad de impugnar la presunción de paternidad que el matrimonio, hoy en baja, otorgaba. Mucho más allá de eso, con el avance de las tecnologías se da cada vez menor importancia al hombre que generó el espermatozoide fecundador y a la mujer que aportó el óvulo y el vientre. La adjudicación social de paternidad se aleja progresivamente de la persona que es el marido de la parturienta o del que voluntariamente reconoce o inclusive del que puso el semen originante. Y la de maternidad se distancia de la mujer que protagoniza el acto de parir. Se atiende cada vez más a la voluntad procreadora; es ésta y no factores biológicos los que en definitiva acuerdan paternidad y maternidad con creciente fuerza. Una vez más, como ocurre con la pareja, la familia es electiva, no impuesta.

Se piensa en legislar sobre padrastros y madrastras (antes sólo imaginados para la viudez, ahora para los sucesivos matrimonios o las sucesivas parejas) y sobre nuevos parentescos no biológicos (hermanastros, hermanos de crianza, etc.); se admite el lazo no biológico de la adopción, creando inclusive filiaciones revocables por mutuo acuerdo.

En suma, el parentesco como trama social hilada en base a alianzas y

sangre responde a una necesidad ahora en disolución. La nueva trama social está siendo ya otra: la familia se parece cada vez más a una opción temporaria.

Estamos abandonando también la certeza de que nuestra identidad social es dada por la pertenencia a un linaje que se muestra en nuestro apellido (éste tiende a ser cada vez más un apellido de elección y mutable, porque a la sociedad no le preocupa este modo de identificar, catalogar y jerarquizar).

La familia ha dejado de ser, además, un coto más o menos cerrado a la mirada pública. El poder de la justicia ha entrado en ella promoviendo y defendiendo los derechos personales de cada uno de sus miembros, aun enfrentándolos con otros. Véase en este sentido los fueros especializados en familia y menores o las leyes que defienden la igualdad de la mujer frente al hombre y los derechos del niño o adolescente frente a sus adultos tutelares (la ley de salud reproductiva es un buen ejemplo, pero hay muchos otros). El avance de lo público sobre el área familiar ocurre entre otras en el área del derecho penal, donde muchos delitos pasarán a ser de instancia privada a acción pública, en defensa de los derechos personales (delitos llamados contra la integridad psicofísica - lesiones leves, por ejemplo - o la honestidad - violación, etc.) El secreto profesional que resguardaba la intimidad familiar retrocede también en esos campos.

Primero fue el estado nacional a través del registro civil, luego la higiene pública (que señaló también normas éticas precisas) y la escuela (que impuso tanto reglas éticas como culturales), más adelante fue el área del trabajo (extrafamiliar desde hace décadas), luego la seguridad social (que suplantó a la familia extensa) y por último los medios de comunicación, las instituciones que fueron y seguirán marcando que la familia ha dejado de ser el centro de la socialización de las mujeres (primero) y de los miembros de menos edad de la familia (después). Esta suplantación trajo y traerá enormes cambios legislativos en el derecho público administrativo, laboral, educativo, de seguridad, etc.

Por ahora, el régimen de la capacidad sigue en el código civil, pero no está vigente, porque ha sido pulverizado por leyes posteriores de igual o superior envergadura. Llamamos todavía “niños” a los niños y “adolescentes” a los adolescentes, pero en realidad la sociedad se mueve hacia otros sistemas, más funcionales a las nuevas necesidades. Los viejos, pensados en base a una familia con roles fijos y en salvaguarda de un patrimonio, están

pasando a ser obsoletos. Y el poder educacional del padre (que antes se extendía a la mujer y los hijos, luego sólo a éstos) sufrió ya transformaciones importantes tanto en la práctica como en la legislación. Los cambios sufridos por la niñez y la adolescencia llevarán sin duda a nuevos cambios legislativos buscando nuevas formas de autoridad y cuidado, más consensuados y democráticos.

En cuanto a la herencia, otrora uno de los pilares de la familia burguesa, los proyectos tienden a rebajar o eliminar la legítima. Los fideicomisos también invaden un área que antes se consideraba casi sagrada como mantenimiento de la familia. Es probable que esta área no sea demasiada tocada porque va perdiendo importancia a medida que el capitalismo va desarrollando nuevas formas de capital intangible.

He procurado, como adelanté, describir aquí un mundo posible, más relacionado con el futuro que con el pasado, que el mediador puede conocer y valorar a través de los instrumentos de conocimiento no tradicionales que hemos comentado. Como también dije, hay muchos otros mundos posibles y los mediadores que, por ejemplo, trabajan con poblaciones marginales o sumergidas, conocen algunos de ellos. También, los que asisten conflictos en que los inmigrantes tienen parte. Es siempre conociéndolos y valorándolos profesionalmente como el mediador crea un contexto de paz en que nadie se siente excluido ni despreciado. Esto exige entrenamiento y trabajo en equipo.

Para terminar: intentamos surfear la ola de inseguridad. Producida la muerte del dios creído (como mito fundador de la sociedad de los hombres: la creencia en dios subsiste pero ya no es el mismo ni siquiera para los que siguen una misma confesión; bajo la palabra se esconden otras suposiciones) a fines del siglo pasado, hay varios vaticinios: uno es que automáticamente muera la ley, ya que según la tradición, la ley viene de Dios (S. Pablo). "Si Dios no existe todo está permitido", expresa un personaje de Dostoiewsky en "Demonios". De hecho hoy la ley ha desaparecido para dar lugar a un abigarrado conjunto de derechos personales.

Desde este vaticinio se produce la *ola de inseguridad*: los "desvíos" psicológicos, los actos criminales, etc. son vistos como la muerte de la civilización, de la humanidad o el fin del mundo. Los psicólogos, que hasta ayer eran progresistas demoleedores de lo adquirido, se vuelcan desesperadamente a la búsqueda del gran varón que imponga la ley en sus pacientes anómicos o en los parientes de sus pacientes. (Y mucho me temo que lo que se llama interdisciplina, esa colaboración entre los operadores de

la psicología y de la ley, no sea mucho más que ese gesto de miedo). En el ámbito familiar, la falta de estabilidad de la pareja, el auge de los problemas graves entre padres e hijos adolescentes, etc. son vistos como índice de esta anomia.

Otros creen que como Dios es inmortal, no ha muerto sino que se ha pulverizado por el momento. Y reconocen pedacitos de Dios en las "divinizaciones" del culto al cuerpo (que genera anorexia), a la raza (que genera guerras), etc. Fundamentalismos pequeños reemplazan a los tradicionales grandes fundamentalismos.

Otros agregan que no puede haber ley sin Dios, ya que la ley no es convencional sino esencial, y cada ser carece de esencia propia (y por tanto de respetable esfera propia de autonomía) si no es dada desde afuera por un ser que no sea meramente un ser, sino algo más. La familia, entonces, estaría destinada a transformarse en un pelmazo de miembros inextricablemente unidos por una especie de pseudo-amor violento.

¿Hacia dónde vamos? se preguntan todos. Y algunos encuentran otra idea: donde hay vida y crecimiento siempre hay ley. Pero hay momentos históricos en que esa ley está oculta, metida en el mito fundante, todavía no se desarrolló con independencia del mito. Éste es uno de ellos, y en él hasta podría ocurrir que por primera vez en la historia de la humanidad la ley no viniese de lo alto sino de la fraternidad. Ésta es otra variante, que origina otro vaticinio.

Deberíamos seguirnos preguntando – como hemos intentado hacerlo en este trabajo - cuáles son los mitos y las necesidades sociales que en nuestro presente subyacen y fundan la vida que crece. No son los de ayer, pero ciertamente existen. Los pensadores y sobre todo los artistas procuran dar con ellos. En otras palabras: qué es lo que todos respetamos, ante qué temblamos de deseo y de terror. Y qué ritos y qué leyes, entonces, emanan claras y respetadas de ese deseo y de este terror.

Mientras lo descubramos, quizá nos sintamos viajando en una nave espacial cuyo rumbo no sabemos. El espectáculo tal vez sea magnífico, pero casi no lo miramos porque estamos aterrados.

Tampoco miramos demasiado el espléndido espectáculo que se desarrolla dentro de nosotros mismos y de nuestras familias. Pocos tienen la confianza casi orgánica que se precisa para disfrutar del viaje.

BIBLIOGRAFÍA:

Alessandro Baricco, *I barbari. Saggio sulla mutazione*, ed. Feltrinelli, Milano, 2008.

Zygmunt Bauman, *La globalización: Consecuencias humanas*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México. 1999.

Zygmunt Bauman, *Modernidad líquida*. Ed. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 1999.

Zygmunt Bauman, *La postmodernidad y sus descontentos*. Ed. Akal. Madrid. 2001.

Zygmunt Bauman, *Amor líquido: Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Ed. Fondo de Cultura Económica. México. 2005.

Zygmunt Bauman, *Vidas desperdiciadas: La modernidad y sus parias*. Ed. Paidós Ibérica. Barcelona. 2005.

Nicolás Bourriaud, *Post producción*, ed. Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2004.

Nicolás Bourriaud, *Estética relacional*, ed. Adriana Hidalgo, Buenos Aires, 2006.

Nicolás Bourriaud, *Formas de vida. El arte moderno y la invención de sí*, ed. CENDEAC.

Eduardo José Cárdenas, *El cliente negocia y el abogado lo asesora. Una variante poco usada en los conflictos de familia*, ed. Lumen, Buenos Aires, 2004.

Eduardo José Cárdenas, *Los conflictos entre los adolescentes y sus padres. Pensar para no matar*, *Revista Interdisciplinaria de Derecho de Familia*, ed. Lexis Nexis, Buenos Aires.

Jean Genet, *Un cautivo enamorado*, ed. Debate, 1988.

Gilbert Durand, *Ciencia del hombre y tradición. El nuevo espíritu antropológico*, ed. Paidós, 1999.

Gilbert Durand, *La imaginación simbólica*, ed. Amorrortu, 2000.

Gilbert Durand, *Mitos y sociedades. Introducción a la metodología*, ed. Biblos, 2003.

Gilbert Durand, *La imaginación simbólica*, ed. Amorrortu, 2007.

Andrés Gil Domínguez, María Victoria Famá y Marisa Herrera, *Derecho Constitucional de Familia*, ed. Ediar, Buenos Aires, 2006.

Ignacio Lewkowicz y [Cristina Corea](#), *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*, ed. Paidós, [1999](#).

Ignacio Lewkowicz, *Pensar sin Estado*, ed. Paidós, [2004](#).

Ignacio Lewkowicz y Cristina Corea, Pedagogía del aburrido. Escuelas destituidas, familias perplejas, ed. Paidós, [2004](#).

Ricardo Lorenzetti, La descodificación y fractura del Derecho Civil, Revista La Ley, tomo 1994-D, pág. 724 y stes.

Michel Maffesoli, El conocimiento ordinario. Compendio de sociología, ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Michel Maffesoli, Elogio de la razón sensible. Una visión intuitiva del mundo contemporáneo, ed. Paidós, 1997.

Michel Maffesoli, El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos, ed. Fondo de Cultura Económica, 2004.

Michel Maffesoli, El tiempo de las tribus, ed. Siglo 21, 2004.

Michel Maffesoli, La transfiguración de lo político, sin editorial, 2005.

Michel Maffesoli, El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas, ed. Paidós, 2005.

Michel Maffesoli, La tajada del diablo. Compendio de subversión posmoderna, ed. Siglo 21, 2005.

Michel Maffesoli, En el crisol de las apariencias, ed. Siglo 21, 2007.

Michel Maffesoli, *Essais sur la violence*, ed. CNRS, París, 2009.

Michel Maffesoli, El reencantamiento del mundo. Una ética para nuestro tiempo, ed. Dedales, 2009.

Edward Said, Sobre el estilo tardío, ed. Debate, 2009.

Michael White, El enfoque narrativo en la experiencia de los terapeutas, ed. Gedisa, Madrid.